







~~195~~

M-10514
R-4716

LA FAMILIA CRISTIANA.

LAS CATARATAS,

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.



MADRID:

A. Perez Dubrull, editor.

Barco, 9 primero, cuarto tercero.

1872.

LA FAMILIA CRISTIANA.

LAS CATARATAS

701

D. ANTONIO DE THORBA.

MADRID:

A. PÉREZ DUBRIL, editor.

Duro, 8 primero, calle de...

Madrid: 1872.—Imp. de D. F. Gamayo, Jesus del Valle, 15.



Cada chico fue echándole en el de'antal un puñado de cerezas.

LAS CATARATAS.

I.

El escenario.—Aparece el cazador de tordos y de emociones.—Antonchu y Marichu se obsequian mutuamente.—Salen á relucir las cataratas.—Himno á la invencion de Cadmo.—Proyectos pedagógicos.—Marichu y Antonchu salvan sin querer á los tordos.

La iglesia, la casa consistorial y la escuela estaban en el fondo del valle, donde en torno de ellas, y á uno y otro lado de la carretera, se agolpaba sin orden, é interpolada de huertos y frutales, la parte mas lucida del caserío.

Desde el campo de la iglesia partia, por medio de heredades de pan llevar y viñas, una estrada ó camino vecinal, cuya direccion se conocia desde lejos por la doble línea verde-oscuro que formaban los setos vivos de ambos

lados de la estrada. Esta conducia á las caserías dispersas en grupos de dos ó tres, ó aisladas, al pie de una de las montañas laterales. El conjunto de estas caserías se designaba con el nombre de Mendialde, que es tanto como junto al monte.

Tomando la estrada, se encontraba como á quinientos pasos un campillo sombreado de cuatro grandes nogales, que se conocia con el nombre del Crucero, porque, en efecto, un camino destinado al servicio de las heredades de una y otra banda formaba allí encrucijada.

Un poco mas allá del Crucero, atravesaba la estrada una cañadita, que amenizaban unos enormes castaños y una fuentequilla, cuyo chorrito, derramándose por una teja, estaba siempre dispuesto á cumplir una de las obras de misericordia.

Al terminar el repecho opuesto, se encontraba el transeunte en un campo poblado de cerezos, nogales y ciruelos. El campo era terreno comun, y los árboles propiedad de los vecinos de las cuatro casas que rodeaban el campo.

No moria en este la estrada que partia de junto á la iglesia; lo que hacia era multiplicarse en dos ó tres mas modestas, que conducian á las caserías de la parte alta de la barriada.

El barriecillo primero se llamaba con mucha propiedad Recalde, que equivale á junto al arroyo. La huerta de una de sus cuatro casas daba sobre la cañadita de la fuente, á la que se salía por unos escalones interiores y exteriores, formados de dos losas largas que atravesaban la cerca.

A esta cerca se asomaban unos hermosos manzanos, cuya fruta era objeto de la codicia y las pedradas de los chicos de aquellas barriadas á la ida y la venida de la escuela, como lo era de la voracidad de los tordos la de unos altos cerezos que se alzaban por cima de los castaños y los manzanos, al pie exterior de la cerca.

Antes de salir el sol una mañanita de junio, que es el mes de las cerezas, y por consecuencia el mas grato para los bípedos con alas que vuelan por el aire, y los bípedos sin ellas que empiezan á volar por el mundo, apareció por el Crucero un caballero armado de escopeta y demas avíos de caza, encaminándose hácia Recalde. Los tordos, que tomaban el desayuno en los cerezos de la cañada de la fuente, huyeron al ver que, preparada la escopeta, encorvada la espalda y pisando quedo, se acercaba á ellos, y posándose en unos manzanos de la hondera de una heredad lejana, se pusie-

ron á burlarse de él silbándole estrepitosamente.

El cazador rompió buena porcion de las ramas bajas de un castaño, y en sitio conveniente para descubrir y perdigonear los cerezos, hizo una especie de tollo, provisto de una gran piedra que le sirviera de asiento, y es colocó en él, esperando que los tordos no tardarian en volver y pagar muy cara la silba que le habian dado desde los manzanos.

Apenas se habia colocado en el tollo, una niña como de diez años, con un botijo en la mano, apareció cantando en la huerta, y atravesando la tapia, bajó á la fuente y colocó el botijo bajo la teja.

Indudablemente la niña se creia sola en la cañada, pues de haber reparado en el cazador, hubiera dejado de cantar.

Apenas la niña llegó á la fuente, un niño casi de su edad apareció silbando y atravesando por el repechito que mediaba entre la cañada y las casas.

—¿Antonchu (1)?

—¿Qué, Marichu (2)?

—¿A dónde vas?

(1) Antoñito.

(2) Mariquita.

—A buscar una onza de tabaco y una pipa para mi padre.

—¿Quieres una cosa?

—¿Qué cosa es?

—Ven y lo verás.

El chico dejó el camino, y en cuatro saltos se plantó en la fuente, que estaba un poquito cañada abajo.

—¿Qué cosa me vas á dar?

—¿A que no lo aciertas?

—¿Y á que no aciertas tú tampoco lo que te voy á dar yo?

—Si me dices qué es lo tuyo, te digo qué es lo mio.

—Lo mio estas arracadas de guindas.

—¡Ay qué hermosas! Lo mio esta pera de San Juan.

—¡Ay qué rica!

En efecto, los niños cambiaron dos pares de gordas y hermosas guindas, unidas cada una por los rabillos, que Antonchu sacó con mucho mimo, para que no se estropearan, del bolsillo lateral de la blusita azul que vestia, y una perita dorada y lustrosa que Marichu sacó de uno de los bolsillos de su delantalito encarnado con listitas blancas.

—Las primeras guindas que han madurado

este año en el guindo oquendano del huerto son estas (1).

—Y esta la primer pera que este año ha madurado en el peral de San Juan.

—Yo las guardaba para dártelas á la vuelta, pues creí que aun no te habrias levantado.

—Y yo para dártela cuando bajaras á algun recado.

—¡Como tú siempre me das de lo tuyo...!

—¡Toma! porque tambien de lo tuyo me das tú.

Marichu se apresuró á ponerse, á modo de arracadas, las guindas, y contempló, sonriendo de inocente satisfaccion, en el claro pocito de debajo de la teja, el efecto que aquel adorno hacia en ella.

Entre tanto, Antonchu arrancó de un bocado un buen pedazo á la pera y se lo dió á Marichu, que lo aceptó agradecida y se lo comió, y continuó despachando lo restante.

—¿No sabes una cosa, Marichu?

—¿Qué cosa, Antonchu?

—Que desde el lunes, todos los dias, me verás subir y bajar por Recalde.

(1) El valle de Oquendo produce, entre otras muchas y buenas frutas, guindas que ni en tamaño, ni en calidad, tienen nada que envidiar á las mejores de España.

—¡Ay qué gusto! exclamó Marichu dando un salto. ¿Y cómo es eso, Antonchu?

—Porque desde el lunes voy á la escuela.

—¡A la escuela!

—Sí. ¿Por qué te pones triste, Marichu?

—Me pongo triste, y me pongo alegre; triste, porque yo no puedo ir á la escuela; y alegre, porque vas á ir tú.

—¿Y por qué no vas tú tambien?

—Porque, estando mi madre ciega, ¿quién hace las cosas de la casa si yo no las hago?

—¡Es verdad! Pero... ¿no se le quitará nunca la ceguera á tu madre?

—Eso solo Dios lo sabe.

—¿De qué se ha quedado ciega?

—De cataratas.

—¿Y qué son cataratas?

—Una cosa como telilla de cebolla, que tapa los ojos y no deja ver.

—¡Mira tú qué gran cosa! Pues para ver, ¿hay mas que quitar esa telilla?

—Sí; pero si no la quita un médico que lleva mucho mas dinero que el que nosotros tenemos, se echan á perder los ojos para siempre; y mi madre dice que aunque nunca vea, quiere á lo menos conservar la esperanza de ver.

—¡Ay, Marichu, qué malas deben ser las cataratas!

—Sí; pero dice mi madre que aunque sean muy malas las cataratas de los ojos, son peores aun las cataratas del entendimiento.

—¿Y cuáles son esas?

—Yo no sé; pero dice mi madre que yo las tengo, y llora pensando que no se me quitarán mientras no pueda ir á la escuela.

—¡Calla! pues entonces yo las tendré, y me mandan á la escuela para que se me quiten.

—Sin duda eso será.

—Pues si á la escuela solo se va para aprender á leer y escribir, y yendo á la escuela se quitan las cataratas del entendimiento, claro está que, aprendiendo á leer y escribir, se quitan...

—Justo y cabal.

—¡Mira tú si el saber leer y escribir es bueno!

—¡Pues no ha de ser, Antonchu! Eso de que las personas, aunque estén mil leguas unas de otras, se han de poder hablar sin mas que enviar unos garabatos en un papel, es muy hermoso...

—Y no es eso solo, Marichu. Los que se murieron hace mil años todavía hablan y seguirán hablando sabe Dios hasta cuándo, sin mas que haberle encargado al papel que dijera esto, ó lo otro, ó lo de mas allá, á los que fueran naciendo hasta el fin del mundo.

—¿Y qué te parece, Antonchu, eso de poder tener siempre á tu disposicion, en figura de libro, los sabios mas grandes que ha habido en la tierra, para preguntarles y aprender todo lo que ignoras?

—¡Concho! Ya estoy deseando que llegue el lunes para ir á la escuela, y aprender á leer y escribir.

—¡Ay, Antonchu, quién tuviera la fortuna que tú tienes!

—Pues mira, Marichu, me ocurre un medio muy bueno para que, sin ir á la escuela, se te quiten, como á mí yendo, las cataratas del entendimiento.

—¿Y cuál, Antonchu?

—El medio que me ocurre es muy fácil y sencillo: te iré yo enseñando todo lo que vaya aprendiendo en la escuela.

—¿Y puede ser eso?

—¡Pues no ha de poder ser! Mira, el lunes haremos la prueba. Está con cuidado cuando vengamos de la escuela, y así que nos veas llegar al Crucero bájate aquí, que mientras los otros chicos se entretengan en jugar, yo me adelantaré, y á la sombra de uno de estos castaños te enseñaré todo lo que haya aprendido.

—Pues bien, Antonchu; aquí ó hácia Muni-

choa me tendrás por la mañana y por la tarde, cuando vengais de la escuela.

Pocos momentos despues de esta conversacion Marichu subia por el castañar arriba, con su botijo lleno de agua sobre la rubia é infantil cabecita, y Antonchu continuaba su camino silbando Crucero allá.

Así que la niña traspuso por el escalon la pared de la huerta, el cazador salió del tolo y se alejó de los cerezos, sin hacer caso del *chor*, *chor* con que un tordo manifestaba su alegría al sacar la tripa de mal año en una rama que se desgajaba con el peso del rojo y dulce fruto.

¿Cómo no habia disparado ni siquiera un escopetazo durante la conversacion de los niños, á pesar de que durante ella no habian faltado tordos en los cerezos? La conversacion de los niños habia absorbido toda su atencion, y le habia hecho dar al olvido el objeto que allí le habia llevado.

El cazador, como mas adelante veremos, era mas aficionado á cazar emociones del alma, que á cazar tordos y malvices.

II.

El riachuelo y las ruinas.—Antonchu va á la escuela, con gran acompañamiento de chicos y de cerezas.—Marichu, lavando y cantando.—Si buen cantar entona, buenas cerezas se come.—El A-E-I-O-U.—La lavanderilla pasa del riachuelo á la fuente.—El Forum de Mendialde.—La sombra del nogal vindicada.—La primera leccion al aire libre.—Etimología del abecedario y las vocales.—Tordos ahora, y vestido majo despues.

La primera casería que se encontraba subiendo de Recalde era la de Munichoa, que, como su nombre lo indicaba, se alzaba en una colinita. Así como entre Recalde y el Crucero mediaba una cañadita por la que solo corria un arroyuelo, cuyo caudal consistia en el escasísimo que recibia de la fuente, entre Recalde y Munichoa mediaba un vallecito regado por un riachuelo de bastante caudal para haber movido en tiempos antiguos una aceña, cuyas ruinas se veian aun un poco mas arriba del ponton de dos maderos que facilitaba su paso.

Mas allá de este ponton, junto á las ruinas de la aceña, habia una hermosa praderita sombreada de hayas y robles, y allí era á donde bajaban á lavar la ropa las mujeres de todas las caserías de aquella comarca, incluidas las de Recalde. Cuando la aceña molia y estaba habitada, aquella pradera le servia de huerto, y despues que murió, ó lo que es lo mismo, que quedó parada y desierta, no faltó quien dijese: plantemos al lado de este huerto árboles en cuyo ramaje le entone el viento una perpetua elegía; y pobló el huerto desamparado de hayas y robles, que crecieron, crecieron y ampararon bajo sus ramas á aquellos restos de la industria del hombre, como crece, crece el sauce de los campo-santos y ampara bajo las suyas los restos del hombre mismo.

El lunes que siguió á la entrevista de Marichu y Antonchu en la fuente, era dia de gran novedad para los escolares de los barrios de Mendialde: la gran novedad era, que desde aquel dia ya tenian un compañero mas que jugase con ellos en el Crucero y tomase parte en sus diabluras en el resto del camino.

Mucho antes de la hora á que ordinariamente bajaban por la mañana á la escuela, llamándose unos á otros, chillando, silbando, cantando y lanzando pedradas á diestro y si-

niestro, ya estaban casi todos reunidos en Munichoa para escoltar y llevar triunfalmente á la escuela á Antonchu.

Al fin este apareció en la portalada de la casa acompañado de su madre y su abuela, que se le querian comer á besos al ver lo contento y formal con que daba aquel primer paso de su carrera literaria. Al costado llevaba, como los demas chicos, su cartera ó cartapacio de badana, y en una mano un zoquete de pan, y en la otra un pedazo de queso, que mordía alternativamente.

Su padre apareció, saltando el seto del huerto, con un cestillo de asa en la mano, en el que acababa de coger ricas cerezas, que destinaba á obsequiar á los que á su vez lo hacian con Antonchu, yendo á buscarle con tal cariño y solicitud para acompañarle á la escuela.

El cestillo de cerezas se repartió entre los escolares, con gran alegría y alboroto de todos, y Antonchu y sus acompañantes tomaron estrada abajo, come que come cerezas, de las que cada cual llevaba la boinita casi llena.

Cuando se acercaban al riachuelo, oyeron hácia arriba del ponton una vocecita que cantaba al compas del golpeo de la ropa en la piedra de lavar.

Aquella vocecita era la de Marichu, que, como una mujercita hecha y derecha, lavaba la ropa de su casa. Las muchas piezas que tenia ya tendidas en los brezos de un ribazo próximo al riachuelo, probaban que á la lavanderita no la habia sorprendido el sol en la cama.

Antonchu se puso á escuchar el cantar de Marichu, y llevando el dedito á la boca hizo seña á sus compañeros para que callaran, y escucharan como él.

El cantar de Marichu era este, que no acierto á traducir á la lengua castellana con la expresion y la gracia que tiene en la vascongada:

—«Todas las manchas, madre,
se quitan con jabon;
todas las manchas, menos
una que tengo yo.

—¿Dónde la tienes, hija?

—Madre, en el corazon.

—Llora, hija, que con lágrimas
esas las quita Dios.»

—¿Sabeis, chicos, dijo Antonchu, que la *canta* de Marichu merece un puñado de cerezas?

—Sí que las merece, respondieron todos.

Y tomando praderita arriba, se dirigieron en busca de la niña.

—Marichu, apara el delantal, dijo Antonchu.
Marichu le aparó sonriendo, y cada chico, á

imitacion de Antonchu, fue echando en él un puñadito de cerezas.

Dioles la niña las gracias, apresurándose á probarlas para demostrar que eran de su gusto, y como los chicos se alejasen, detuvo á Antonchu, diciéndole:

—Antonchu, oye una cosa.

—¿Qué? le preguntó el niño en voz baja

—Que aprendas mucho para que mucho me enseñes.

—¡Ya verás, ya verás si aprendo!

—Pues cuando vuelvas de la escuela á medio dia lo veremos en la fuente, á donde bajaré cuando asomes por el Crucero.

—¡Concho...! exclamó Antonchu, sacando de la cartera el silabario nuevo y enseñando á Marichu el alfabeto que le encabezaba; ¡si yo pudiera aprender para entonces todas estas letras gordas. .!

—Ya te contentarás con esas cinco de encima.

—Sin saber mas que estas cinco no estoy yo arriba de un dia, porque á estas cinco les llaman el A—E—I—O—U, y yo he oido una *canta*, que dice:

—«¿Qué es lo que sabes, camueso?

—Ya me sé el A-E-I-O U.

—Pues si no sabes mas que eso, buen borrico serás tú.»

—¿Antonchu, vienes, ó qué haces? gritaron los otros chicos, con la boca aun llena de cerezas.

—Allá voy; que no penseis que voy á hacer yo el *cúcu* (1), respondió Antonchu, y echó á correr en seguimiento de sus compañeros, mientras Marichu volvía á su tarea de dale que le das á la ropa sobre la piedra, costumbre de Vizcaya, tan nociva para la ropa como lo es para el cuerpo la de lavar las mujeres metidas en el agua hasta la pantorrilla.

Una hora despues, cuando Marichu acabó su lavado y hubo tendido á secar toda la ropa, recogió la que habia lavado la primera, porque estaba ya seca, pues aquella mañana calentaba de firme la chicharra, y se fue acasa, llevando la seca y dejando tendida la mojada, bajo la custodia del sétimo Mandamiento, que es en Vizcaya guarda muy seguro, y lo era mucho mas cuando cierta ley foral no permitia á los forasteros avecindarse aquí sin probar que eran hombres de bien.

A las once de la mañana, como sucedia todos los dias de trabajo, se oyó desde Recalde gran griterio hácia la iglesia, señal de que los chicos salian de la escuela.

(1) Novillos ó rabona.

Marichu, que andaba muy ocupada en las faenas de la casa, y sobre todo en las de la cocina, que su madre, con su ceguera, solo podía desempeñar menos que á medias, dijo á su madre, tomando el botijo:

—Ea, madrecita, ya está corriente la comida para cuando padre venga de la heredad; y ahora voy á buscar agua fresca, que con tanta sequía la fuente mana hilo á hilo.

—Anda con Dios, hija, y descansa un rato en aquella fresca sombra, que estarás, pobrecita mia, reventada con lo que hoy has madrugado y trabajado.

Quando la niña salia á la huerta para bajar á la fuente, llegaban los chicos de la escuela al Crucero.

Digamos del Crucero algo mas de lo que hemos dicho, que el Foro de Roma no tenia para los romanos la importancia que el Crucero tenia para los mendialdeses.

El Crucero era sitio muy ameno, particularmente en verano, porque le daban sombra unos hermosos nogales, en cuyas raices, descubiertas, se sentaba la gente al volver de misa para descansar y charlar un rato á la fresca sombra.

El Crucero tenia para los vecinos de Mendialde un atractivo aun mas hermoso y noble que el de la apacible sombra de sus nogales, y

quizás este atractivo sea también el que mueve al autor de este librito á describir aquel sitio: el atractivo que el Crucero tenía para los mendialdeses eran los recuerdos de la infancia, que tan dulces son para todas las almas sencillas y buenas, como lo prueba la infantil complacencia con que hombres barbados se entretienen en evocar estos recuerdos.

Aquel era el sitio preferido desde tiempo inmemorial por los chicos de Mendialde para dedicarse, en sus viajes de ida y vuelta á la escuela y á misa, á sus mas queridos juegos, y particularmente al de las nueces en los meses de setiembre y octubre, en que los nogales del Crucero jugaban también con todo el que se sentaba á su sombra, dándole coscorriones con las nueces que arrojaban sobre su cabeza, con ayuda del viento, que á su vez jugaba casi siempre en las altas ramas.

Tal era la costumbre de los mendialdeses, chicos y grandes, de pararse en el Crucero, que lo hacían aunque lloviese á cántaros, y se iban solos, y por consecuencia no teniendo con quien charlar ni jugar, se paraban á charlar y jugar con sus propios recuerdos, que para todos los tenía el Crucero, y entre estos recuerdos, como entre todos los de la vida, los había tristes, porque también se paraban allí por úl-

tima vez los mendialdeses que bajaban á esperar la Resurreccion de la carne, bajo unos fresnos y unos cipreces que sombreaban un huertecillo al lado de la iglesia.

Cuando nadie se paraba en el Crucero mas que para santiguarse y rezar un Padre-nuestro, fija la atemorizada vista en una cruz de piedra que coronaba una pared, era desde el toque de la oracion en adelante. Contábanse en Mendialde infinitos casos de apariciones de muertos en el Crucero; pero el crédito de estas apariciones empezó á decaer grandemente desde que un curioso observó que los años en que estaba el vino mas barato eran mas frecuentes y mas horrorosas las apariciones, y que a dos ó tres aguados que habia en Mendialde nunca se les habian aparecido muertos, á pesar de que con frecuencia pasaban de noche por el Crucero y eran de espíritu apocado y supersticioso.

Segun costumbre, los chicos de la escuela se detuvieron á pasar su media horita de jolgorio á la sombra de los nogales del Crucero, que en verdad era regalada como nunca aquel caloroso dia.

Todos estamos hartos de oir que la sombra del nogal es nociva, es traidora, es pérfida. Estas noticias corren tambien por Vizcaya; pero nadie les dá aquí el menor crédito, al ver lo

robusta y sana que se cria la gente en este pais, dond  apenas hay casa que no se esconda en un bosquecillo de nogales. El autor de este librito se crió en uno de estos bosquecillos, y nunca sintió un dolor de cabeza hasta que dejaron de darle su sombra los nogales. Mas aun: su padre ha muerto de ochenta y cinco años, y   la sombra de aquel mismo bosquecillo ha pasado sano y robusto tan larga vida.

Antonchu, que habia visto   Marichu atravesar la huerta, en lugar de quedarse   jugar con sus compañeros, siguió corriendo hácia Recalde, con pretesto de que tenia sed   iba á beber en la fuente.

En el momento en que Antonchu y Marichu se reunian en la fuente, el cazador de tordos, que una de las anteriores mañanas se habia olvidado allí mismo de los que llenaban el buche en los cerezos, por escuchar la conversacion de los dos niños desde su flamante tolo, aquel mismo cazador bajaba el repechito de la cañada, con la brujaca henchida de tordos, cazados todos aquella mañana en los barrios altos, y deslizándose con mucho disimulo por entre los castaños, sin que Antonchu y Marichu le vieran, se metió en el tolo construido por él, y aplicó el oido   la conversacion de Antonchu y Marichu.

Estos se saludaron, dialogando la canta que Antonchu habia recordado aquella mañana orilla del riachuelo.

Marichu:—¿Qué es lo que sabes, camueso?

Antonchu:—Ya me sé el A—E—I—O—U.

Marichu:—Pues si no sabes mas que eso, buen borrico serás tú.

—¡Concho! exclamó Antonchu; ¡que no hubiera yo podido aprender siquiera una letra mas para que no salieras con eso! ¡Pero deja, deja, que ya me las pagarás todas juntas! Vamos á la leccion.

Sentáronse ambos niños en la raíz de un castaño, á cuyo pie brotaba la fuentecilla, y...

—A.

—A.

—E.

—E.

—I.

—I.

—O.

—O.

—U.

—U.,

Marichu aprendió en un cuarto de hora, de corrido, salteadas, al revés y al derecho, las cinco vocales, únicas que Antonchu habia podido aprender aquella mañana en la escuela,

embobado con las novedades que la escuela ofrece al que, como él, asiste por primera vez á ella.

Antonchu creyó llegada la ocasion de volver las tornas á Marichu, dialogando con ella la consabida canta; pero Marichu, que era aun mas lista que él, y no tenia pelo de tonta, trastornó ingeniosamente su plan.

—¿Qué es lo que sabes, camuesa? preguntó á Marichu Antonchu.

—Ya me sé el A—E—I—O—U—A—B—C.

—¿Cómo que A—B—C? replicó Antonchu, sorprendido y contrariado. Si supieras esas tres letras mas, sabrias mas que tu maestro.

—Pues ya ves que las se.

—¿Y cuáles son?

—Esas que siguen á las que tú has aprendido y me has enseñado.

—¿Pero quién te lo ha dicho?

—Yo misma lo he adivinado.

—¿Y cómo?

—Pensando que si todas las letras reunidas se llaman A—B—C—dario, será porque las primeras son A—B—C.

—Pero es que esas letras no son las primeras del abecedario.

—Sí que lo son.

—Las primeras son A—E—I—O—U.

—No, señor, que esas están sacadas del abecedario á la vergüenza por alguna picardia que habrán hecho.

—Vocales dice el maestro que se llaman.

—Pues por boconas las habrán sacado del alfabeto, y boconas y no vocales se llamarán.

En esta disputa estaban Antonchu y Marichu cuando llegó á la fuente á beber uno de los chicos que habian quedado jugando en el Cru-cero.

—¿Qué letras son estas? le preguntó Marichu, señalando las que, segun ella, daban nombre al abecedario.

—Son A—B—C, contestó el chico.

Antonchu se sonrió mirando á Marichu, como diciéndole:—«Estoy convencido de que comparado contigo soy un borriquito.»

Los demas chicos venian ya alborotando. Antonchu y Marichu se dijeron en voz baja no sé qué, y Marichu, tomando su botijo en la cabeza, subió cuestecita arriba hácia la huerta.

El cazador, al verla subir, salió del tollo y se presentó á su paso.

—¡Hola, Marichu! dijo á la niña cariñosamente.

—¡Hola, D. Rafael, contestó la niña, alegrándose al verle. ¿Usted por aquí?

—Sí, vengo de tirar á los tordos en Amézaga.

—¿Y ha matado V. muchos?

—Mira, la brujaca traigo llena.

—¡Ay, qué hermosura!

—Toma esa media docena de ellos para que bagas una fritadilla para tí y para tu madre.

—¡Gracias, D. Rafael! exclamó la niña, aceptando alborozada la media docena de tordos.

—En lugar de darme gracias, dame otra cosa.

—¿Qué otra cosa le he de dar á V.?

—Palabra de seguir aprendiendo lo que aprenda Antonchu, y de no decir á nadie, y mucho menos á tu madre, que tal cosa aprendes.

—Yo le doy á V. esa palabra.

—Pues si la cumples y consigues que tampoco Antonchu diga nada, verás qué vestido tan majo te regalo.

—¿Qué, no quiere V. subir á casa á descansar un poco y tomar algo?

—No, hija mia, que son ya las doce y media, y mi madre, que es vieja y debil de estómago, me espera para comer.

Así diciendo, el cazador tomó hácia el Crucero, y Marichu tomó huerta adelante, mas alegre que una Pascua florida, con la promesa del vestido.

III.

Los cánticos de D. Rafael. — Cataratas en los ojos. — Cataratas en el entendimiento. — Desazones del maestro porque le aventaja en saber la discípula. — Los procesos de la curia. — La discípula maestra. — Consué'ase un poco el maestro pensando que aun no ha concluido su mision pedagógica.

¿Quién era D. Rafael? ¿Quién era la madre de Marichu? Leyendo el presente capítulo lo sabremos: y sabremos otras cosas que interesan á la mayor claridad de esta sencilla é inocente, pero veridíca historia, que, como todas las que cuenta su autor, es copiada de la naturaleza y no inventada, porque su autor no tiene cabeza para inventar.

D. Rafael era lo que en Vizcaya se llama un *indiano*. Dios le habia criado, por lo que vamos á ver, mas para poeta, que es tanto como soñador de quimeras santas y hermosas, que para comerciante, que es tanto como soñador y realizador de riquezas materiales, mas ó menos hermosas y santas. Fue casi niño á la isla de

Cuba, donde tenia un tio solteron, medianamente rico y algo mas que medianamente prosáico, y en casa de su tio pasó quince años trabajando, como los negros que constituian la mayor parte del capital de su tio. ¿Cómo, si Dios le habia criado poeta, ahogaba sus sueños de tal, y se mostraba solo comerciante? Su tio le habia dicho:—«Rafael, tu corazon es una lira que revienta por cantar. La música me hace daño como á los perros, y es necesario que no se escape de tu corazon una sola nota mientras yo pueda oirla. Cuando yo esté bajo la tierra y por consecuencia no pueda oir tus cantares, canta cuanto te dé la gana.»

Rafael siguió el consejo de su tio, y este, muy satisfecho de su conducta, se fue al cielo, ó Dios sabe á dónde, dejándole heredero de toda su fortuna. Rafael entonces echó mano de su lira, que en efecto reventaba por cantar, y entonó un canto magnífico: este canto consistia en declarar completamente libres á un millar de infelices esclavos, que constituian la mayor parte del capital que le habia dejado su tio. El segundo canto que Rafael entonó, no fue menos hermoso que el primero: cogió un fusil y fue á pelear por la honra y la integridad de su patria, á la sazón villanamente atacadas en la gran Antilla, y peleó sin descanso hasta que

cayó atravesado de un balazo. Dios no quiso que los cantos de Rafael concluyeran ahogados en sangre: Rafael se restableció de su grave y gloriosa herida, aunque no lo suficiente para tomar de nuevo el fusil. Entonces entonó el tercer canto, que también pareció muy hermoso á los que tenían ojos para ver, oídos para oír y corazón para sentir: por lo mismo que había estado á punto de morir sin volver á ver el lejano rinconcillo natal, pensó en este rinconcillo con más emoción y encanto que nunca, y se vino á pasar el resto de su vida en él, con el modestísimo capital que le había quedado, después de declarar libres á sus esclavos.

Con este cántico al rinconcillo natal no concluyeron los cánticos de Rafael, que empezó una nueva serie de ellos, sencillos, cortos, modestos, oscuros, pero suaves y dulces todos ellos como los idilios septentrionales.

A esta serie de cantos pertenece el poemita que incluimos en este librito, y cuyas heroínas son Marichu y la madre de Marichu.

La madre de Marichu estaba una tarde sentada á la puerta de su casa con dos vecinas ancianas que habían ido á aliviar su soledad. Una de las vecinas cosía, la otra hilaba, y Lucía, que así se llamaba la madre de Marichu,

hacia media de lana, completamente á tientas, porque estaba enteramente ciega.

El sol, que iba ya declinando, no daba en la portalada de la casa. Entre tanto Marichu cantaba alegremente en la huerta cercana, segando un cesto de yerba para que cenasen los bueyes. Eran los últimos dias de julio.

—¡Mira, mira cómo canta tu hija! dijo una de las vecinas á Lucía. ¡Perderia yo con gusto la vista como tú por tener una hija como la que tienes!

—¿Pues qué seria de mí y qué de mi casa, contestó la ciega enternecida, si esa criatura me faltara? Su padre dice, como yo, que mi ceguera en nada ha perjudicado al gobierno de la casa, porque á esa débil y tierna criatura Dios le ha dado fuerzas y entendimiento para suplirme en todo, y aun para aventajarme en algo, como en la ligereza con que anda de una parte á otra, y la gracia y la alegría con que nos sirve y complace á todos.

—Pues ese bien que os ha hecho Dios debe bastar para que te resignes con la desgracia que el mismo Dios te ha dado privando de la luz á tus ojos por algun tiempo.

—¡Por algun tiempo...! exclamó Lucía con amarga duda. ¡La Santa de mi nombre lo quiera!

—Por algun tiempo, sí, y solo por algun tiempo; que las cataratas no son mal incurable.

—Mal incurable son para quien, como yo, carece de recursos para intentar el remedio.

—Pues qué, ¿tantos recursos se necesitan para eso? ¿No hay cirujano en el pueblo? ¿No hay médicos en los inmediatos?

—Ni el del pueblo ni los de los inmediatos se atreven á emprender la operacion que se necesita para devolverme la vista, porque dicen que mis ojos están muy débiles y necesitan un facultativo que tenga gran práctica y destreza en esta clase de operaciones. ¿Cómo emprendo yo un viaje á Bilbao, Vitoria, Santander ú otra poblacion mas lejana, donde haya facultativo que reúna estas condiciones, y permanezco allí algunas semanas, y sufrago los gastos que de viaje, operacion, asistencia y estancia se me han de originar?

—Pues á pesar de todo eso, no debes desesperar. Ya verás como el mejor dia os encontráis con una carta del indianillo que te traiga todo lo que para eso te hace falta.

—¡Ay! ¡No me habéis de ese pobre hijo, porque su mala suerte ha cegado mis ojos de tanto como me ha hecho llorar, y temo que todavía me acabe de quitar la vida y se la

quite á su padre! Y luego mi ceguera, y la mala suerte de mi pobre hijo, no son las únicas penas que me agobian.

—Calla, calla, mujer, que da rabia el oírte. Ojos te faltan para ver la luz, pero imaginación te sobra para ver visiones. ¿Qué otra pena tienes además de esas?

—¿Pues es acaso pequeña la de considerar que esa criatura, tan buena, tan hermosa, tan inteligente y tan incansable, tenga que pasar la niñez sin ir á la escuela como van las demás niñas? Cuando yo era pequeña, aprendí y canté muchas veces un cantar que decia:

«Líbrenos de cataratas
Santa Lucía de Yermo,
y sobre todo nos libre
de las del entendimiento (1).»

¡Quién me hubiera dicho entonces que un día habia de llorar yo por no poder ahuyentar de mis ojos unas cataratas, y del entendimiento de mi hija otras, que segun el cantar, y segun yo creo, son aun peores que las de los ojos!

—Madre, dijo Marichu, apareciendo en la portalada, voy por las ovejas, que ya es hora.

(1) Santa Lucía de Yermo es un célebre y antiquísimo santuario que se alza en una montaña, entre los valles de Llodio y Oquendo.

—Sí, hija, que ya salen los chicos de la escuela, contestó Lucía.

En efecto, la vocería de los chicos de la escuela se oía hácia el Crucero.

Marichu, en lugar de bajar á la cañadita de la fuente, tomó la cuesta del lado opuesto de Recalde para descender al riachuelo, pues las ovejas que iba á buscar pastaban en unos castaños que daban sobre la casería de Munichoa.

Miraba con frecuencia atrás, esperando ver á Antonchu, y, en efecto, este apareció corriendo y la alcanzó á la mitad de la cuesta.

—¡Hola, señor maestro! le dijo Marichu.

—¡Hola, señora discípula! ¿No sabes una cosa?

—¿Qué cosa?

—Que ya me han mudado á proceso.

—¡Ay, cuánto me alegro!

—¿Por qué?

—Porque en letra de molde ya estoy harta de saber leer de corrido.

—¡Concho! ¿Sabes que me da rabia el que sepas mas que yo, que soy tu maestro?

—¿Y yo qué culpa tengo de eso, para que me tengas rabia?

—Si no te la tengo á tí, que me la tengo á mí mismo.

—¿Por qué?

—Porque teniendo un maestro que sabe mucho, me quedo detras de tí, que tienes un maestro que sabe poco.

—¿Y en qué consiste eso?

—¡Concho! ¡en qué ha de consistir sino en que tú tienes mas talento que yo!

—¡Sí, mas talento!

—Pues consiste en eso.

—No seas tonto, Antonchu, que en otra cosa consiste.

—¿En qué cosa?

—En que yo tengo en América un hermano, y estoy deseando saber leer y escribir para leer sus cartas y escribirle. Si tú tuvieras tambien en América un hermano, verias como deseabas lo que yo deseo y adelantabas mas que lo que yo adelanto. Pero dí, ¿quién te va á dar el proceso?

—Ya le tengo aquí, que en cuanto hemos salido de la escuela, en lugar de venir á jugar al Crucero, he ido á pedirsele á la escribana, y me ha dado este, que es mas claro...

Antonchu sacó de la cartera un proceso, ó sean unos autos de los que se conservan en las escribanías.

Todavía en muchos pueblos de España hay la mala costumbre de ejercitar á los niños

en la lectura de manuscritos valiéndose de estos procesos, que tiene no pocos inconvenientes á la vuelta de una sola ventaja, que es la de enseñar á leer letra antigua. Los principales inconvenientes son estos: primero, que se distraen de los archivos documentos que deben permanecer en ellos; segundo, que los niños aprenden á leer letras que no son ya comunmente las usuales; tercero, que los escritos curiales, y particularmente los antiguos, son áridos, redundantes y pesados en su redaccion, y cuarto, que entre ellos hay algunos inmorales, ó cuando menos que versan sobre materias ó sucesos cuyo conocimiento no conviene á los niños.

El autor de este librito aprendió á leer la letra manuscrita en estos procesos, y recuerda que él y algunos de sus condiscípulos tropezaron en una ocasion con uno de los mas grandes inconvenientes que acabo de señalar. En una casa de su aldea existian los protocolos de una serie de tres ó cuatro escribanos que se habian sucedido en la familia cuya era aquella casa; y esta familia, con la mejor intencion, facilitaba *procesos* á todos los chicos de la escuela que se los pedian, generalmente cuidando solo de que abundara en ellos la letra corriente y clara, que era lo que los chicos deseaban.

Una mañana, al salir de la escuela, fui á pedir un proceso á aquella casa, y la señora, que era una anciana bondadosísima, me condujo al archivo y me dijo que escogiera el proceso que mas me agradara. Escogí sin vacilar uno que tenia letra redonda y clara y portada llena de ringorrangos y primores caligráficos, y con el proceso bajo el brazo, y en las manos un zoquete de pan y una manzana que me dió la buena señora, corrí lleno de alegría á buscar á mis compañeros, que me esperaban apedreando los nogales del campo inmediato. Pusímonos á leer el proceso, y tal *novedad* hallamos en él, y particularmente en las declaraciones de testigos, que no paramos hasta llegar á la última hoja. Aquella tarde, al entrar en la escuela, enseñé el proceso al maestro, y este, apenas le hojeó, le hizo pedazos, y tomó sus medidas para que en lo sucesivo no leyéramos los chicos proceso alguno sin que precediera su *visto bueno*. Desgraciadamente aun no he podido arrancar de mi memoria el recuerdo de las suciedades con que aquella lectura mancilló nuestra cándida inteligencia.

Estos inconvenientes van desapareciendo con la publicación de colecciones autógrafas destinadas á ejercitarse los niños en la lectura de manuscritos, tales como la que con el tí-

tulo de *Mosaico literario-epistolar*, y variados, amenos é instructivos autógrafos de los hombres mas notables de España, han dado á luz y reimpresso repetidas veces, con progresivas y notables mejoras, los editores barceloneses D. Juan Bustinos é hijo.

Mirando y hojeando el proceso bajaron ambos niños el resto de la cuesta, y pasando el ponton tomaron la que mediaba entre este y la casería de Munichoa. Desviándose allí un poco del camino, sobre el que formaba una especie de bóveda el ramaje que de una y otra orilla se cruzaba sobre él, entraron en la enramada, y sentándose al pie de un roble:

—Vamos á ver, dijo Antonchu abriendo su Caton, si te sabes tan bien la leccion como yo me la he sabido.

—Ya verás como me la sé, á pesar de que esta tarde no he tenido tiempo para estudiarla en el Caton de mi casa.

Es de advertir que Lucía guardaba, como precioso recuerdo, del hijo que tenia en América, todos los libros que este habia usado cuando iba á la escuela; y en estos libros estudiaba Marichu á hurtadillas, como se colige de sus palabras, cuando no lo hacia en los de Antonchu.

Marichu leyó de corrido la leccion que An-

tonchu le presentó, con gran admiracion de su maestro, que creia tener que hacerle, cuando menos, tantas correcciones como á él le habian hecho una hora antes, al dar la misma leccion.

—¡Concho! dijo Antonchu: ¿para qué te he de enseñar, si sabes mas que yo?

—¿Quieres, le preguntó Marichu, un poco engreida con aquel elogio de su maestro, que te enseñe la leccion que has de dar mañana?

Antonchu vaciló un momento antes de contestar, porque mortificaba un poco su amor propio el pasar de repente de maestro á discípulo; pero al fin contestó afirmativamente, persuadido de que Marichu se iba á convencer de que confiaba demasiado en sí propia.

Empezó á leer Antonchu, pero daba á cada paso un tropezon, y tenia que acudir al deletreo para seguir adelante, pues su maestro se limitaba á señalarle el error con un—«No dice eso.»

—¡Concho! exclamó al fin Antonchu, disgustado de sí mismo y de la sonrisita burlona de Marichu; tú no eres buena maestra.

—¿Por qué?

—Porque el maestro debe hacer lo que el mio hace conmigo, y contigo hago yo; leerle á uno la leccion, y dejar que luego la repase y la aprenda,

—Tienes razon, y eso es lo que voy á hacer, contestó Marichu; é inmediatamente leyó de corrido toda la leccion, con gran admiracion de Antonchu.

—En letra de molde, dijo este, ya no necesitas saber mas; pero donde te quiero yo ver es en letra de pluma.

Antonchu abrió el proceso, que tenia letra redonda y clara, de la que habian generalizado en Vizcaya en el siglo pasado y principios del presente dos hombres muy notables, cuyos manuscritos abundan en este pais, que fueron don Juan Ramon de Iturriza, autor de muchos trabajos históricos, y entre ellos una historia general de Vizcaya, muy conocida, porque si bien no ha llegado á imprimirse, corren lo menos treinta ejemplares de ella, hermosa y pacientemente manuscritos por su autor, y D. Márcos José de Retuerto, abogado de mercedisima fama, que tuvo gran parte é influencia durante su larga vida en los asuntos públicos y en la administracion del Señorío; pero naturalmente, á pesar de ser tan clara la letra, ni Marichu ni Antonchu pudieron leer mas que alguna que otra palabra.

Antonchu sonrió lleno de satisfaccion al ver que todavia le quedaba la segunda parte de su papel de maestro.

IV.

El cazador de liebres y los cazadores de castañas.—De cómo Marichu ganó en los exámenes celebrados en el castañar lo que sabrá el curioso lector.—Introduccion de un nuevo cántico de don Rafael.—Rayo de esperanza.—Rayo de luz.—Martin se empeña en ir á América.—Martin se sale con la suya.—Malas noticias.—Martin se libra de una tunda como por milagro.—Azadita en mano.—A Lucía la hace llorar su hijo, y á su hijo le hacen llorar unos cigarros.

El otoño es una de las estaciones mas apacibles y hermosas en Vizcaya, donde el buen tiempo suele prolongarse hasta últimos de diciembre, que es cuando comienzan los frios, las lluvias y las granizadas, cuyo áspero reinado no termina hasta marzo.

Una mañana temprano andaba D. Rafael á caza de liebres en los castañares de Mendialde, y como oyese conversacion y risas de niños hácia un grupo de frondosos castaños que se alzaban al pie de una colina desde donde observaba á sus perros, cuyo ladrido se oia á lo

lejos, bajó hácia aquel punto, y con gran satisfaccion suya vió que los niños eran Antonchu y Marichu, que despues de haber recogido cada uno un taleguito de castañas de las que el viento del Sur habia derribado durante la noche, se disponian á regresar á sus casas.

—Oye, Marichu, dijo D. Rafael á la niña; deja á ese, que con razon tiene prisa para ir á la escuela, y sube acá, que te quiero dar un recado.

La niña dejó al pie de un castaño el taleguito y subió al encuentro de D. Rafael, mientras su compañero, con el taleguillo al hombro, emprendió castañar abajo.

—Te llamo, le dijo D. Rafael, para saber si has ganado el vestido que te prometí.

—Sí, señor, ya le he ganado; contestó la niña, con mucho despejo y alegría.

—Eso ahora lo vamos á ver; porque aunque ya sé que eres mujercita de bien, la formalidad es formalidad.

Así diciendo, D. Rafael sacó del bolsillo un libro impreso, y añadió dándosele:

—Vamos á ver qué tal lees en este libro.

La niña leyó de corrido, y dando perfecto sentido á la lectura:

«La hija del artesano forma con algunos trapos la muñeca que mece en sus brazos con ese

instinto de maternidad comun en las niñas, y la prepara sus comidas en cascotes de plato, que su imaginacion convierte en espléndida vajilla; y en el campo se ve á los aldeanitos hacer con un pedazo de tabla y una cuerda un carro, que, cargado de piedras, arrastran, imitando las faenas agrícolas. Mientras no conocen otra cosa mejor, esto les basta; pero si llegan á ver los juguetes de los *niños ricos*, reparad en la avidez y el deseo con que los contemplan, y os dará pena su pobreza. ¡El trabajo incesante, la fatiga, tal vez la miseria, les aguardan en la vida, y ahora, en los dias tranquilos de la infancia, no tienen ni siquiera un juguete con que divertirse!

»Vosotros, los que discurrís y os impacientais para elegírselos nuevos á niños que los cuentan por docenas, y á quienes no les divierten ya, ¡acordaos de los que no tienen ninguno, y el gozo que vuestro don ha de causarles os recompensará ampliamente este buen recuerdo.»

—Basta, basta, hija, dijo D. Rafael, retirando de las manos de la niña el libro, que era el titulado *Excursiones y recuerdos*, de Adolfo de Aguirre, el mas sentido y mas bello que han inspirado la naturaleza y las costumbres de Vizcaya. Ahora, añadió, nos resta la segunda

y última prueba, que espero sea tan satisfactoria como la primera.

Y D. Rafael sacó del bolsillo una carta, que alargó á Marichu, y esta leyó, si no de corrido, al menos con cortas vacilaciones y con buen sentido:

«Querido hermano Ramon: Me alegraré que te halles bueno, en compañía de tu amigo Salvador. Aquí, gracias á Dios, todos buenos. Mamá está en Balmaseda con Leoncia; pero ha salido tan picotera que da gusto oirla (1). Me dices que me ves jugando en la escuela; pero ahora ya me aplico algo mas, para ir donde tí y abrazarte, y ganar mucho, y volver rico, y comprar un coche con tres mulas y un sombrero de copa alta como el de V..., y llevar á Rafaela en el coche (2).»

—No leas mas, que ya has ganado un vestido, unas botitas y unos pendientes de oro, para que, cuando tu madre recobre la vista, te vea hecha una señorita, dijo D. Rafael, guardándose la carta.

(1) La picotera no es la mamá, como parece, sino Leoncia, que es una niña pequeñita.

(2) Esta carta la escribió á un hermano que tiene en Paraná, un niño llamado Manolito del Corral. V... es un caballero que se distingue en el pueblo por la elevacion de su sombrero, y Rafaela es una niña con quien el autorcillo de la carta se ha criado.

—¿Pero me verá mi madre? exclamó Marichu radiante de alegría.

—Te verá el día que estrenes todo eso, que ha de ser muy pronto, respondió D. Rafael, enamorado del buen corazón de la niña, que olvidaba su propio bien para pensar solo en el de su madre. Ea, añadió, no digas á nadie nada de todo esto, y echa á correr á ver si alcanzas á Antonchu.

La niña colocó en la cabeza su taleguito de castañas, y siguió llena de alegría el consejo de D. Rafael.

Pocos días despues, estando la pobre Lucía y sus vecinas sentadas en la portalada charlando y haciendo labor, como la tarde en que allí mismo las vimos, y Marichu trabajando con Anton en la huerta inmediata, donde sembraban un cuartelito de habas, aparecieron por el Crucero dos caballeros.

—¡Calla, dijo Marichu, ya ha venido de Bilbao D. Rafael, pues él es uno de aquellos dos señores! ¿Quién será el que viene con él?

—Del pueblo no es, contestó Anton.

Los dos caballeros, en lugar de seguir hácia el campo de Recalde, tomaron en la cañada de la fuente la sendita por donde se subia á la huerta, y penetraron en esta.

Saludáronse ellos, Anton y Marichu, y don Rafael dijo:

—Amigo Anton, nuestra visita es para Lucía, y no para Vds. El señor, amigo mio, á quien por casualidad he encontrado en Bilbao, y se ha venido á pasar conmigo quince dias para matar cuatro liebres, y tambien cuatro javalies si se ponen á tiro, pues estan aficionado como yo á la caza, es un gran médico, que se dedica principalmente á combatir las enfermedades de la vista. Está decidido á no irse del pueblo hasta conseguir que Lucía nos mire á todos con buenos ojos. Conque, si no le parece á V. mala la idea, iremos á que examine las cataratas de la pobre ciega, de quien yo le he hablado largamente.

—Bendiga Dios á este caballero y á V., que tal consuelo y tales esperanzas nos traen; exclamó Anton lleno de alegría, de que participaba Marichu.

La buena y desconsolada Lucía se echó á llorar de gozo cuando supo quiénes eran y á qué iban los caballeros, que, segun le habian anunciado las vecinas, estaban hablando con su marido y su hija en la huerta. El médico, despues de examinar atentamente los nublados ojos de la ciega, hizo prorumpir á esta en nuevo llanto de alegría, anunciándole que

tenia completa seguridad de devolverle la vista antes de pasar dos semanas.

La operacion quedó aplazada para el día siguiente, y se convino en que el cirujano del pueblo serviria de auxiliar al oculista forastero.

La operacion de las cataratas es delicada, pero no cruenta cuando la practica mano es experimentada. Eralo, en efecto, y mucho, la del operador llevado á Recalde por D. Rafael. Así fue que Lucía apenas experimentó en aquella operacion dolor físico, y sí solo la emocion y el dolor moral que naturalmente debe experimentar el pobre ciego á quien se dice: «De esta operacion depende el que vuelvas á ver la luz, á ver el sol, á ver los campos y los cielos, y á ver á aquellos á quienes mas amas en este mundo, ó el que continúes en eterna oscuridad y renuncies á toda esperanza de salir de ella.»

Un grito se exhaló de los labios y el corazon de la ciega cuando el operador desgarró el velo que cubria sus ojos: no era el grito del dolor, era el grito de la esperanza y la alegria, porque un rayo de luz bastante claro para que pudiera entrever á su marido y su hija, que estaban presentes, cruzó por delante de los ojos de Lucía.

—¡Dios mio, exclamó esta, he visto á mi ma-

rído y mi hija! ¡Gracias, Dios mio, gracias...!
¿Pero por qué vuelvo á mi antigua oscuridad?
¿Por qué me ponen vendas en los ojos, como si
no fueran bastantes las que en ellos he tenido
por tanto tiempo?

El facultativo tranquilizó á Lucía, diciéndola que la operacion habia sido todo lo feliz que se podia esperar, si bien para que no se malograra era indispensable someter por algunos dias á un tratamiento especial á aquellas pupilas, que, heridas súbitamente por la luz de que habian estado privadas mucho tiempo, podian volver á cegar para siempre.

Lucía se resigno á permanecer algunos dias mas en las tinieblas.

—Anton, dijo D. Rafael al dia siguiente al padre de Marichu, Lucía va á volver á ver á su hija, y es necesario que ese dia Marichu vista de gala.

—Bien está, Sr. D. Rafael; ese suspirado dia la niña vestirá el mejor trajecito que tiene.

—Es que quiero que vista á gusto de mi madre, que como ha criado muchas hijas, entiende de engalanar á las ajenas.

—Gracias, D. Rafael, y disponga V. de la niña como guste.

—Pero cuidado con que Lucía sepa nada de esto.

—Descuide V., que nada sabrá, para que sea mayor y mas agradable su sorpresa.

D. Rafael se llevó consigo á la niña, y la entregó al brazo seglar de su madre y una buena costurera.

Se acercaba el dia en que el facultativo arrancase por completo la venda que cubria los ojos de Lucía, y esta se volvia loca de placer al pensar que iba á ver de nuevo á su marido y su hija.

—¡Ay! exclamaba, acordándose de repente de su hijo, ¡qué dicha tan completa seria la mia en ese instante si mi pobre Martin estuviera tambien presente!

Apenas hemos dicho nada de aquel hijo, por cuya mala suerte tanto habia llorado Lucía, y cuyo recuerdo tanto la hacia llorar aun. Es preciso que contemos en resúmen su historia, para que se comprenda y sienta mejor algo de lo que nos queda por decir.

Anton era un pobre inquilino, cuyos únicos bienes consistian en una pareja de bueyes y un rebañito de ovejas.

Cuando Martin habia terminado la escuela, antojósele ir á América, siguiendo el ejemplo de muchos de sus condiscípulos y compañeros. Sus padres acogieron malísimamente esta pretension, fundándose, en primer lugar,

en que era su único hijo varón, y convenia que no se apartase de su lado para que los consolase y ayudase en el trabajo de las heredas; y en segundo, en que carecian de medios para costearle el pasaje, á menos que hicieran el sacrificio de vender para ello la yunta de bueyes ó el rebaño de ovejas.

El chico insistió en su propósito; y viendo que sus padres no accedian á sus deseos, un dia cogió á solas á su madre, y le dijo:

—Madre, es menester que consiga V. de mi padre que consienta en enviarme á América. Si Vds. no me envian, me voy sin su consentimiento, porque estoy convencido de que, de seguir en casa, no les he de ser útil á Vds., ni me lo he de ser á mí mismo; y de ir á América, ha de suceder todo lo contrario.

—¿Y cómo te has de ir, hijo, sin nuestro consentimiento? le preguntó Lucía consternada.

—¿Cómo, madre? Se lo diré á V., por mucha pena que le cause: escapándome de casa, yendo á Bayona, y vendiendo mi libertad para pagar el pasaje.

En vano trató la pobre madre de disuadir á su hijo de aquel insensato proyecto. Convencida de que el muchacho era muy capaz de ir á América esclavo si no podia ir libre, se decidió á optar entre dos males por el menor, que era

el de que Martin fuese con el pasaje pagado, con el consentimiento de sus padres y con cartas de recomendacion que le facilitasen decente acomodo á su llegada á América.

Es muy general la creencia de que en Vizcaya las mujeres dominan á sus maridos. Algo de exageracion hay en esto; pero tambien hay algo de verdad. Anton era de carácter enérgico; pero queria tanto á su mujer, convencido de que todo cariño era poco para lo que esta merecia, que su voluntad se doblegaba como débil junco ante la voluntad de su mujer.

—Pues bien, dijo al fin, venderemos la pareja de bueyes y le enviaremos á América, ya que se empeña en ello; pero debe tener entendido que si en América no anda derecho, ó, lo que es lo mismo, no corresponde al sacrificio que por él vamos á hacer, no será la pareja de bueyes lo único que hayamos vendido por él: venderé las ovejas, y con su importe iré á América, le buscaré, y le mataré.

Quince dias despues Martin partia para la república mejicana, pagado el pasaje, provisto de cartas de recomendacion, que la honradez y el celo de su padre habian sabido proporcionarle, y despedido cariñosamente por él en el puerto.

Pasaron dos años, y las noticias que Anton y

su mujer recibían de la conducta de su hijo eran poco satisfactorias. No eran estas noticias para sonrojar á la familia, pero sí para afligirla; Martín odiaba la sujeción, y no había medio de que permaneciese dos meses seguidos en una misma casa de comercio. Por último, Anton recibió por un mismo correo dos cartas: una de ellas de una de las personas de Matzalan, á quien el chico había ido recomendado, y otra de un armador de Santander.

En la primera de estas cartas se le anunciaba que Martín había desaparecido de la noche á la mañana de la casa donde estaba colocado, sin cometer otra falta que esta, de formalidad y consecuencia, y se creía que se hubiese embarcado en alguno de los buques que aquellos días habían salido para Europa.

En la segunda carta se le decía que Martín había llegado á Santander á bordo de un buque procedente de Méjico, enfermo y falto de todo recurso, pues los que tenía al embarcarse apenas habían bastado para pagar el pasaje de infima clase.

Lucía, que ya había llorado mucho por su hijo desde que este se separó de su lado, se deshizo en lágrimas al recibir esta noticia, y se estremeció de espanto al ver que su marido estallaba de cólera.

Sus lágrimas y sus súplicas en favor de su hijo desarmaron al fin á Anton, y arrancaron á este la promesa de que lejos de maltratar al muchacho, le recibiría con indulgencia y bondad.

Anton escribió á su hijo todo lo cariñosamente que pudo, le envió algun dinero y le designó el dia en que se habia de embarcar en uno de los vapores que navegan entre Santander y Bilbao, añadiéndole que él saldria á recibirle en este último puerto.

En efecto, cuando el vapor *Pelayo* atracó á los muelles de Bilbao, ya estaba en estos Anton esperando á su hijo.

Martin, al verle, se puso descolorido como un muerto, porque conocia la dureza de su padre, y estaba persuadido de que, á pesar de la benevolencia con que le habia escrito, lo mejor librado que podia salir de sus manos era con una paliza que le baldase para algunas semanas.

Con gran sorpresa suya, su padre le abrazó cariñosamente, se enteró con gran solitud de su mal, que no era grave, pues sobrevenia de las malas condiciones de alimentacion y dormitorio con que habia hecho la navegacion, le aconsejó que olvidara lo pasado, como lo olvidaba él, y solo pensara en enmendarse para lo

sucesivo, y despues que comieron juntos, tomaron el camino de la aldea.

Martin no las tenia aun todas consigo, y temia que su padre la emprendiese con él á varazos al pasar por un bosque solitario que estaba poco antes de llegar á la aldea.

Pasaron por el bosque, y la vara de Anton se mantuvo queda.—Esto va bueno, dijo entonces Martin; porque lo que es en casa, buen cuidado tendrá mi madre de que mi padre no me busque el bulto.

Lucía, que estaba tambien con grandes temores de que Anton, á pesar de todas sus promesas, hubiera maltratado al chico, lloró de alegría, y alternativamente abrazó á su marido y su hijo cuando estos llegaron y supo que Anton habia tratado á Martin con la indulgencia y el cariño con que le hubiera tratado ella misma.

Cuatro dias despues de la llegada de Martin, y cuando este se hubo repuesto del cansancio y malestar del viaje, le preguntó su padre, despues de cenar, con la mayor familiaridad y cariño:

—Vamos, ¿y qué tal te sientes, hijo?

—Perfectamente, padre.

—Pues en ese caso, en lugar de estarte ahí charlando con tu madre hasta las mil y qui-

nientas, acuéstate en seguida como yo, que mañana tienes que madrugar.

Martin y su madre entraron en cuidado con estas palabras, sin adivinar lo que significaban, y el primero se acostó inmediatamente, como su padre le encargaba.

A la mañana siguiente se levantó Anton al amanecer, segun su costumbre, y dijo á Martin:

—Vamos, hijo, vamos, que ya es hora.

Martin se levantó, y su padre le dijo, alargándole una azada:

—Toma, y vamos á trabajar, porque aquí ya sabes, hijo, que los pobres no podemos vivir de otro modo.

Martin calló, y fue con su padre á la heredad. No acostumbrado á manejar la azada, hiciéronsele ampollas en las manos y á veces sus brazos desfallecian; pero una mirada un poco severa de su padre le obligaba á hacer un gran esfuerzo y trabajar.

Así, trabajando, y sin oír de su padre mas que palabras bondadosas, pasó algunos meses. Mas allá aun llevaba la bondad su padre: sabia que Martin fumaba á escondidas suyas, pero no de su madre, y hacia que esta, como si fuera obsequio puramente suyo, le diera tabaco del que se compraba para el mismo Anton,

y algun dinero los dias festivos para que se divertiera con los demas jóvenes.

Un dia al fin, Martin, saltándosele las lágrimas, dijo á su padre:

—Padre, la leccion que con su bondad me ha dado V. me ha enseñado mucho: reconozco mis grandes faltas, y solo anhele tener ocasion de probar á V. y mi pobre madre que mi arrepentimiento es profundo y sincero. Complete usted, por Dios, sus bondades para conmigo permitiéndome volver á donde pueda mostrarle y corresponder á los sacrificios de Vds.—

—¿A dónde quieres ir, hijo? le preguntó Anton.

—A Buenos-Aires.

—Pues irás, hijo mio, si tu madre es gustosa en ello.

Quince dias despues Anton habia vendido lo único que le quedaba, el rebañito de ovejas, y acompañaba á su hijo á Bilbao.

Yunta de bueyes y rebañito de ovejas tenia, pero no eran ya suyas, que eran á parceria ó renta, como en Vizcaya se dice.

El buque en que Martin se iba á embarcar para la república Argentina estaba fondeado en Olabeaga, y hasta allí acompañó Anton á su hijo.

Anton, que ya habia pagado el pasaje de

Martin y habia dado á este algunas moneditas de oro, entró en una tabaqueria, diciendo al muchacho que siguiese adelante, pues iba á tomar allí un poco de tabaco, que era mejor que el de la aldea. Momentos despues alcanzó al muchacho, llevando un paquete en la mano.

Padre é hijo se dieron el abrazo de despedida al entrar el segundo en el buque, y entonces Anton dijo á Martin, dándole el paquete que tenia en la mano:

—Toma, hijo, que ya se me olvidaba.

—¿Qué es esto, padre?

—¡Qué ha de ser, hombre, cigarros para el viaje, pues en la mar deben escasear las cigarrierías!

El muchacho, que hasta entonces habia conservado los ojos enjutos, se echó á llorar, volvió á abrazar á su padre, y, cegado por las lágrimas, se dirigió al camarote que le estaba destinado en el buque (1).

(1) En el momento en que el autor de este librito corrige las pruebas de estos renglones, recibe la triste noticia de que Anton, su amigo querido, ha muerto. ¡Con qué dolor leerá Martin en América este librito, que le lleva unidas la noticia de la pérdida de su padre y la memoria de la bondad con que este le despidió!

V.

Sol refulgente.—Marichu remonísima.—¡Gracias, Dios mio!—El hijo ausente y las cataratas del entendimiento.—No hay tales cataratas del entendimiento, ni tal hijo ausente.—Triunfo del pedagoguillo.—¡Santa Lucía de Yermo, bendita seas!

El médico forastero, el cirujano del pueblo y D. Rafael estaban en casa de Anton un domingo del veranillo de San Martín, en que el sol brillaba con todo su esplendor y la temperatura mas parecia del mes de mayo que del mes de noviembre.

Lucía, sentada en una silla en la sala, esperaba con viva impaciencia y honda alegría que el médico le levantase el apósito de los ojos. El médico entornó un poco las ventanas y graduó la luz, que era demasiado viva, y en seguida se dirigió á la operada.

Marichu salió en aquel instante de una de las alcobas, monísima con el hermoso vestido, las botitas y los pendientes que le habia rega-

lado D. Rafael, y con sus largas y rubias trenzas de pelo, á cuyo remate lucia un hermoso lazo de seda azul.

Anton y algunas vecinas que tambien estaban presentes rabiaban por comérsela á besos; pero se contentaban con mirarla embelesados, temerosos de disminuir la sorpresa de Lucía.

Al fin el médico tomó entre sus manos la cabeza de esta última, y levantó lentamente el apósito que cubria los ojos de la operada.

La paciente lanzó un grito de infinita alegría al reconocer á su marido y á su hija, y se apresuró á coger y estrechar en sus brazos á la niña, bendiciendo á Dios que tan hermosa la volvía á mostrar á sus ojos, hundidos en las tinieblas hacia dos años, y restituidos en aquel instante á un océano de luz.

En el momento en que Lucía lanzaba aquel grito de alegría, Antonchu llegaba á la puerta de la sala, trayendo en la mano una carta que en la plaza le habia dado el cartero para que se la entregase á Anton. El pobre chico, aturrido y corto al encontrarse allí con tanta gente, y al presenciar una escena que no acertaba á esplicarse, se habia quedado suspenso, sin acertar á hablar ni á dar un paso adelante.

Apenas Lucía se repuso un poco de la emocion que habia experimentado al recobrar la

vista y ver á su marido y su hija, el recuerdo de su hijo, que no podían ver sus ojos, vino á llenarla de pena.

—¡Ay, hijo de mi alma! ¡Ay mi pobre Martin! exclamó con profundo dolor.

—¿Martin? dijo Antonchu adelantándose y dando la carta á Marichu. El cartero me ha dicho que esta carta debe ser suya, porque es de las Indias. Anda, Marichu, léésela á tu madre.

—¡Ay, exclamó Lucía asaltada de un nuevo desconsuelo; esta pobre hija mia es menos feliz que su madre, pues yo, gracias á Dios, estoy ya libre de las cataratas de los ojos, y ella aun conserva las del entendimiento, que son las peores!

—No, madrecita, no las conservo, repuso Marichu llena de alegría é inocente vanidad; y si padre y V. quieren, verán cómo les prueba que ya estoy libre de ellas...

—Pruébanoslo, hija, dijo Anton.

Y entonces Marichu, rompiendo el sobre de la carta y reservando para ulterior exámen unos papeles que venian adjuntos á ella, leyó lo siguiente:

«BUENOS-AIRES, etc.

«Queridísimos y respetados padres: He retardado algun tiempo el escribir á Vds. esperan-

do darles buenas noticias, y, á Dios gracias, buenas se las puedo dar hoy. Cada vez mas estimado en la casa de comercio donde me coloqué apenas llegué á esta ciudad, cuento ya con medios seguros de remunerar á Vds. algun tanto los sacrificios que por mí han hecho y las pruebas de cariño que me tienen dadas. El último balance que hemos hecho ha dejado á mis patronos tan satisfechos de mí, que despues de haberme gratificado con algunos miles de reales, me han señalado en las utilidades sucesivas una parte que me ha de permitir remediar con frecuencia los apuros de Vds. é ir reuniendo un capitalito que me haga volver dentro de pocos años al lado de Vds. y mi hermosísima Marichu. Por de contado adjunto envio á ustedes una letra de seis mil reales para que mi buen padre reponga con ellos la pareja de bueyes y el rebañito de ovejas que años atrás le comió el lobo; y tambien les envio mi retrato fotográfico, cuya contemplacion estoy seguro ha de mejorar á mi madre la vista, que en una de sus últimas cartas me decian Vds. tenia algo echada á perder. ¡Benditos sean los cigarros que fumé desde Bilbao á Buenos-Aires, que su recuerdo es lo que mas ha contribuido y contribuirá siempre á mantenerme en el camino del deber.»

Lucía, que se volvía loca de alegría con tantas felicidades como á un tiempo se agolpaban sobre ella, besaba y contemplaba el retrato de su hijo, y al mismo tiempo besaba y abrazaba y contemplaba á su hija, no acertando á explicarse cómo ni cuándo habia aprendido á leer la niña, cuyo entendimiento creia oscurecido por cataratas mas perniciosas aun que las que acababan de desaparecer de sus ojos.

D. Rafael tomó la palabra:

—Aquí, dijo, hay dos oculistas, á quienes todos debemos admiracion y aplauso. Uno de ellos es mi ilustre amigo, que con tanto acierto ha batido las cataratas de los ojos de Lucía, y el otro es Antonchu, que con acierto no menos ha batido las cataratas del entendimiento de Marichu.

—¡Antonchu! exclamaron todos, inclusa Lucía, llenos de admiracion, y abrazando y besando con trasporte al niño.

—Sí, ¡concho! contestó el chico, irguiéndose con infantil orgullo; yo he enseñado á Marichu á leer en letra de molde y en letra de pluma, y la estoy enseñando á hacer palotes con lapiz; pero... ¡concho! añadió humillando un poco su soberbia, no sé cómo Marichu se las compone que sabe mucho mas que yo.

Pocos dias despues, el último y mas hermoso

del veranillo de San Martín, oyeron misa en el venerando santuario de Santa Lucía de Yermo, Lucía y todos los que habían asistido al acto del levantamiento del apósito, incluso Antonchu, que aquel día estrenó un trajecito de *punta-pies á cabeza*, regalo de D. Rafael. Y mientras Lucía, secundada por Marichu y las vecinas, preparaba bajo los robles una gran comida campestre, D. Rafael y su amigo el oculista, que habían llevado las escopetas y los perros, daban muerte á un enorme javalí en las cercanas cañadas del Ganecogorta.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE CUADERNITO.

Págs.

- I.—El escenario.—Aparece el cazador de tordos y de emociones.—Antonchu y Marichu se obsequian mutuamente.—Salen á relucir las cataratas.—Himno á la invencion de Cadmo.—Proyectos pedagógicos.—Marichu y Antonchu salvan sin querer á los tordos. 3
- II.—El riachuelo y las ruinas.—Antonchu va á la escuela, con gran acompañamiento de chicos y de cerezas.—Marichu, lavando y cantando.—Si buen cantar entona, buenas cerezas se come.—El A-E-I-O-U.—La lavanderilla pasa del riachuelo á la fuente.—El Forum de Mendia'de.—La sombra del nogal vindicada.—La primera leccion al aire libre.—Etimología del abecedario y las vocales.—Tordos ahora, y vestido majo despues. 13
- III.—Los cánticos de D. Rafael.—Cataratas en los ojos.—Cataratas en el entendimiento.—Desazones del maestro porque le aventaja en saber la discipula.—Los procesos de la curia.—La discipula maestra.—Consuélase un poco el maestro pensando que aun no ha concluido su mision pedagógica 27
- IV.—El cazador de liebres y los cazadores de castañas.—De cómo Marichu ganó en los exámenes celebrados en el castañar lo que sabrá el curioso lector.—Introduccion de un nuevo cán-

tico de D. Rafael.—Rayo de esperanza.—Rayo de luz.—Martin se empeña en ir á América.—Martin se sale con la suya.—Malas noticias.—Martin se libra de una tunda como por milagro —Azadita en mano.—A Lucía la hace llorar su hijo, y á su hijo le hacen llorar unos cigarros. 40

V.—Sol refulgente.—Marichu remonísima.—¡Gracias, Dios mio!—El hijo ausente y las cataratas del entendimiento.—No hay tales cataratas del entendimiento, ni tal hijo ausente.—Triunfo del pedagoguillo.—¡Santa Lucía de Yeimo, bendita seas! 57

u





